

Encuentros con el Padre Pablo siguiendo ríos

ÍNDICE

Cuando sentí la llamada de Perú.....	2
En el norte con temporal y monasterios	3
Siguiendo el curso de los ríos amazónicos.....	5
Visita a Puerto Maldonado	7
Reencuentro en Boca Colorado	8

Cuando sentí la llamada de Perú

Cuando Laureano me dijo que por allí había pasado un peculiar misionero español, me rebotó la emoción, al sospechar que quizá se estaba refiriendo al Padre Pablo, el dominico que conocí un año antes, en el 2006, en Montesclaros. De ser así, la coincidencia, tanto en tiempo como en espacio, era de una probabilidad muy remota.

En ese invierno del 2007, estaba ocupado con la convocatoria para la plaza de catedrático cuando, a la par de mi esfuerzo intelectual, tuve un acercamiento sentimental con una chica peruana vía internet. Ella tenía un cargo importante en el Museo de la Nación en Lima y su tarea era, entre otras, catalogar tantas momias como llegaran de las excavaciones que tienen lugar por el extenso territorio patrio. Así que, dada la mezcla sentimental de profunda frustración académica por no lograr mi ansiada plaza y el éxito amoroso peruano lo quise interpretar como un designio divino, que lo concreté en un “*creo que Perú me está llamando*”.

En acelerada actividad, en solo un mes, ya tenía [diseñado mi minucioso plan para viajar](#) a Perú. Tomé tres días para conocer a la chica limeña; una semana para viajar a Puerto Maldonado y trabajar como voluntario fotógrafo en un lugar remoto de la selva del río Tambopata; otra semana para hacer el camino inca de cuatro días y así conocer Machu Pichu y la última semana de mi visita para impartir varias conferencias en Ayacucho y Lima. Todo se hizo según lo previsto pero a un ritmo de vértigo, tomando 5 vuelos y 40 taxis para poder llegar puntual a mis citas.

Hasta el momento, mi vocación de aventurero sudamericano me había llevado a visitar: Colombia, Venezuela, Costa Rica, Chile y Cuba y no había pensado en la posibilidad de conocer Perú, quizás porque apenas tenía noticias de este país y tan solo sabía lo de un chino que gobernó haciendo tropelías y lo usual que enseñan en educación secundaria: en 1532 entraron por Tumbes los españoles en busca de oro, y con ello, desbarataron al prometedor y ecológico imperio Inca, sustituyendo la sabia piedra inca enigmática, irregular y artística por el muro de piedra de las iglesias amontonadas con monotonía ortogonal. Así que no me interesaba tanto la conquista del Perú, como la reciente conquista femenina.

Tras Lima, tuve que viajar a Puerto Maldonado para ejercer de fotógrafo, y en peke-peke, canoa a motor como le llaman por la zona, surqué las aguas del río Tambopata hasta llegar a un lugar remoto, lodge le llaman los turistas, en pleno corazón de la selva. Me pareció inverosímil que, en unos pocos días, pasara del frío de zona templada a disfrutar del calorcito de selva y su esplendor verde y espeso, con esos 5 pisos de vegetación que siempre me han levantado pasión al mirarlos en los coleccionables dominicales. Ahora todo lo tenía a tiro de cámara. Hice [hermosos reportajes](#) de la selva amazónica, que acababa de conocer.

Cuando finalicé con aquellos reportajes cuyo fin era incrementar el valor turístico del lugar, regresé a [Puerto Maldonado](#), la típica ciudad de selva donde el fondo de las calles, la mayoría de tierra, terminaban en un telón verde atiborrado de frondosidad vegetal, dando una exótica sensación de estar en un lugar inacabado. Apenas había

coches y en su lugar un enjambre de mototaxis de tres ruedas iban en incesante bullicio de aquí para allá.

Estaba vivamente sorprendido y, en cierta medida, asustado ante tanta novedad en relación con mi tierra de origen. El desfase cultural era más que evidente. Una exagerada cantidad de fruta tropical y exótica, la mayoría desconocida para mí, inundaba de colores y olores las tiendas del mercado central, por donde un gentío deambulaba de un lado para otro, unos comprando y otros vendiendo. Las casas, casi todas de una planta, se extienden por un llano extenso limitado al Norte y Este por dos grandes ríos, con tal caudal, que sus orillas quedan distantes entre una inmensa masa de agua que me apabullaba. El caudaloso Ebro pareciera más un aprendiz de río. Jamás vi nada igual. Al este de la ciudad, el río Tambopata, da sus aguas al Madre de Dios, cuyo nombre, ocurrencia de los primeros españoles que se aventuraron por la zona, muestra cierto mal gusto si lo comparamos con el nombre original dado por los primeros habitantes del lugar: Amarumayu, “*el río en forma de serpiente*”.

Un día, decidí dar un paseo a la otra orilla del río Tambopata, aprovechando que un bote lo cruzaba incansable conforme se iba llenando de viajeros. A la vuelta, entablé amistad con un pasajero, que dijo llamarse Laureano, y me ofreció dar un paseo en su moto por la ciudad. Finalizando el paseo en animada y profusa conversación, cuando ya oscurecía en la selva, Laureano me comentó el insólito caso



de un misionero español que estuvo una larga temporada dando ayuda desinteresada a los nativos que vivían en la zona selvática más profunda y desamparada. Todos hablaban muy bien de él, tras su marcha a su país. Le pregunté si sabía de qué parte de España era, y la mejor seña que pudo darme, fue que lucía una larga y profusa barba blanca que le llegaba hasta el pecho. En ese mismo instante recordé al Padre Pablo, ese dominico que conocí un año antes en el santuario de Montesclaros en Cantabria.

Entre monasterios y el temporal por el norte español

Cuando subí al norte en el mes de febrero, en plena tormenta de nieve y viento, sin más intención que el de salir de la rutina cotidiana. Sin pensarlo mucho, me dije: “*ahora que está el tiempo revuelto sería una aventura interesante irme al norte visitando monasterios siempre tan lúgubres y misteriosos*”. Quería conocer en primera persona los estragos de una tormenta de nieve, que sólo conocía por la tele. Decían: “se mantienen cerrados aún 12 puertos de montaña por el temporal” “la cota de nieve ha bajado a los 900 metros”. Sobre todo quería ver cómo los camiones quitanieves

despejaban las carreteras. Me pareció una aventura fantástica, ya que donde vivo, en Almería, solo llueve 30 días al año y sus montes son secos de solemnidad.

Por otro lado, tendría la oportunidad de cumplir el sueño de seguir el río Ebro desde su nacimiento hasta su desembocadura. Se trataba simplemente de ir saltando por los distintos pueblos de su ribera y hacer algún sendero que otro, disfrutando de los entornos del río, algo que cumplí sobradamente hasta los límites entre la Rioja y Navarra. De ahí, hasta el delta del Ebro, quedó para otra ocasión.

Con estas intenciones, llegué el 24 de febrero de 2006, en plena tormenta, al Santuario de Montesclaros, ubicado en un sitio cualquiera de las montañas cántabras. Un lugar perdido y solitario, lejos de cualquier pueblo habitado. Me costó trabajo llegar, pues había que tomar estrechas carreteras, y la señalización había desaparecido en parte por la intensa nevada. En fin, un monasterio no tiene la señalización comercial propia de un hotel. Incluso no había timbre donde llamar y tuve que merodear un rato por los alrededores, intentando entrever por dónde se entraba. Tras muchas dificultades, la recepción fue tan fría como la nieve exterior y hasta dudé que fuera una buena idea ir de conventos al norte. Escurriendo el bulto unos y otros, por fin me presentan al padre Pablo que era el encargado de registrar a los clientes.

De inmediato me sentí reconfortado por su cálido corazón. [En los cuatro días que estuve](#),

parte de su tiempo me lo dio para hacerme compañía en la soledad de monasterio, y a pesar de la mucha actividad que tenía -me pareció que era el único fraile que trabajaba entre aquellas piedras- me enseñó sus pájaros disecados en una buhardilla que olía fuertemente a líquidos de conservación –*huele a muerte, pensé*-; me enseñó las nuevas obras del albergue para estudiantes y hasta me presentó a unas chicas vecinas para que no estuviera tan solo. No podía entender que aún tuvo tiempo para hacer funcionar aquel wifi primitivo, recién instalado, llamando una y otra vez a los técnicos. El último día me sorprendió, organizando el rancho de los escolares que estaban de visita. Ya digo, el padre Pablo es todo amor.



Recuerdo que me sorprendió la rusticidad y tamaño de la prenda blanca que llevaba para soportar el intenso frío del norte. Pensé en la cantidad de ovillos de lana que hubo que usar y el tiempo de tricotado. *Me lo ha hecho mi hermana*, dijo. Después, me habló de su tierra navarra, y creí percibir un halo de nostalgia, que imaginé no se podía permitir exteriorizar dada su condición de fraile. Extasiado, en un momento dado, rompiendo mi timidez y el respeto que me inducía su presencia, le dije “padre, me gustaría que nos hiciéramos una foto para tener un bonito recuerdo suyo”. A lo

que él accedió, sin darme muchas alegrías que facilitara la buena foto que tenía pensado hacer.

Tiempo después del encuentro con el padre Pablo, quise conocer un poco más de su persona, curiosidad que pude satisfacer gracias a internet. Él es fraile dominico que nace en Navarra y estudia Biología en León.

En 1982 lo destinan a Perú, primero buscando material para un museo de biología y después ayudando de forma activa a nativos de la selva donde trabajó con drogadictos, levantó parroquias, construyó escuelas y albergues y ayudó a la gente a valerse por sí mismos. Estuvo 15 años en la Selva de Perú y 3 años más en Cuzco.



El 28 de junio de 2001 vuelve a España con destino a Montesclaros, donde continúa su usual y frenética actividad, enviando contenedores a Perú y dirigiendo obras de ampliación de los albergues. Es en ese periodo, justo cuando él vuelve de Perú en 2006, cuando se cruzan nuestras vidas. Es muy posible que su discreción no le llevara a comentarme sus vivencias en Perú, aunque tampoco hubo ocasión para ello.

Siguiendo el curso de los ríos amazónicos

Fascinado por lo que vi en Perú en aquella visita de 2007 quise repetir la experiencia, así que desde entonces hasta ahora no ha habido año que no haya ido. Es otra cultura diferente a la mía pero que, en buena parte, se hace permeable gracias al uso del mismo idioma. El desfase cultural, brusco al inicio, se fue suavizando poco a poco. Sus comidas tan distintas, las fui apreciando más y más, aunque siempre se despertaba la añoranza de la tortilla de patatas y los pucheros con garbanzos o lentejas. Ansioso, era lo primero que buscaba a la vuelta. Una simple visita al mercado de cualquier parte de Perú, me fascina por la cantidad de productos desconocidos. Jamás he visto tanta variedad de tubérculos, semillas y plantas medicinales incapaz de identificar. Casi todo era nuevo para mí. Y esas caseritas con sus polleras multicolores, sus blusitas de fantasía hechas a mano, su cabeza rematada con un gorrito de formas inusuales según región y unas trenzas andinas que me atraían cuando andaba por detrás de ellas.



Los entornos rurales son idílicos, con casitas de adobe para la sierra y de madera para la selva, los burros para el transporte y los bueyes para labranza y la infinidad de caminos rurales que se extienden por todo el territorio, que a modo de arterias, llevan a los campesinos a sus chacras. Perú es un país de intensa actividad agrícola, sin apenas discontinuidad con el periodo inca. De hecho, ellos se consideran

orgullosos descendientes de los incas y sus costumbres. Y a pesar de que tienen algo de sangre española, rehúyen de tal condición.

Con sus fiestas tengo siempre la sensación de que son de verdad y no las de mi pueblo, donde todo parece estar muertecino. Su gente parecen renacer en los festejos. Parecen cambiar su actitud cotidiana más tranquila, por otra, donde se vuelven feroces e incansables bailarines al son de sus músicas ancestrales, envueltos en trajes de colores llamativos, y con frecuencia, disfrazados. Una intensa algarabía de color y movimiento muestran estar más vivos que en otras culturas del planeta.

Perdersse con la mochila por cualquier camino rural, hablando con los peruanos y admirando sus paisajes, es ya una droga, semejante a la de subir montañas de cotas altas. Con el tiempo, he aprendido a hablar con cualquiera que se cruza en el camino, de tal modo que terminamos dándonos un fuerte apretón de manos con la añoranza de volvernos a ver. Es el encuentro humano de igual a igual, de corazón a corazón, de hace disfrutar con el intercambio cultural, donde cada cual se relame de satisfacción con las diferencias que percibe en el otro. Por eso, una vez que fui comprendiendo la esencia del encuentro intercultural, no solo trato de enterarme de los gustos, historias y formas de pensar del otro, también procuro ofrecer mi cultura en todas sus manifestaciones, en la certeza de que eso le hará también disfrutar. Me encanta que les guste escuchar mi visión de lo que veo de su país, unas veces expresado de un modo más descarnado, y otras, tratando de dulcificar, según la ocasión.

No solo Perú, toda Sudamérica me subyuga. Una vez, a finales de 2011, di un seminario en [Punta Arena](#), una ciudad chilena del sur, junto al estrecho de Magallanes, y terminé, tres meses después, con otras actividades docentes en [Bogotá](#), ciudad colombiana al norte sudamericano. En ese tiempo, hice varios días senderismo por las [Torres del Paine](#), subí en ferry desde Puerto Natales a Puerto Mont, visité el parque nacional de [Alerce Andino](#), volé hasta Bolivia visitando Cochabamba, Villaruel, Trinidad, Rurrenabaque y Riberalta siguiendo la estela del río Mamoré y Beni, dos grandes ríos caucheros.

Es apasionante conocer los grandes ríos amazónicos. El proyecto de cruzar el varadero de Fitzcarraldo lleva ya muchos años en mi mente. Se denomina varadero al tramo más corto para pasar de un río a otro de vertientes diferentes. En la época del caucho, este paso era muy apreciado, pues se podía transportar una canoa de un lado al otro ahorrando muchas horas de viaje. Fitzcarraldo fue un importante cauchero de la segunda mitad del siglo XIX. Tratando de expandir sus dominios en la selva para extraer caucho, merodeó por la zona del río Urubamba intentando encontrar una vía para acceder a otra cuenca amazónica. Ascendió por el río Camisea buscando un paso hacia el río Purus. Orientado por nativos del lugar, encontró ese paso terrestre pero en realidad llegó al río Manu un afluente del río Madre de Dios. A su regreso, encontró otra ruta más corta aún, de unos once kilómetros, que separa el río Caspajali, afluente del



Manu, del Serjali, afluente del Mishagua que da sus aguas al Urubamba. Ese es el istmo que quiero cruzar.

Ya a inicios del 2011, estuve cerca del varadero, pues llegué a Camisea desde Quillabamba, cruzando el pongo de Mainique. Estos, son muy peligrosos de cruzar pues es un estrechamiento del río al atravesar una cadena montañosa. Lo angosto del paso, estresa fuertemente el curso del agua que incrementa su velocidad notablemente y aparecen vigorosos remolinos al son de los roquedales que caen de la montaña. Los pongeros, así llaman los del lugar a estos botes especiales reforzados para aguantar las investidas de las olas, deben estar dirigidos por manos expertas y aun así todos los años el pongo se lleva la vida de algunos peruanos que lo cruzan.

En los tres días que estuve en la comunidad nativa, hice negocios con Carlos Ancuri, dueño de un peke-peke, y estuvimos echando cuentas para cruzar el varadero de Fitzcarraldo. Habría que llegar en dos días a la comunidad nativa de Montetoni, tomar un guía para atravesar el varadero, y allí estaría esperando su hermano Luciano Ancuri de la comunidad Tayacome en la vertiente del Manú, y así bajar en tres días a Boca Manu, desde donde podría salir de la selva por Puerto Maldonado o Cuzco. Un plan perfecto, donde ya lo único que faltaba era tiempo y dinero que no tenía.

Visita a Puerto Maldonado

A finales de 2011, cuando finalicé mis andanzas por Bolivia, vi la ocasión de llegar a Boca Manu subiendo por el río Madre de Dios y de ahí acceder al Varadero de Fitzcarrando. Para ello, me desplazé a Cobija, última ciudad importante de Bolivia antes de cruzar la frontera camino a Puerto Maldonado. Al llegar, sin pretenderlo, se acumularon problemas de todo tipo. Crucé por un lugar fronterizo donde, aunque dejaban pasar, no sellaban el pasaporte, el zoom de la cámara de fotos dejó de funcionar, caí en la cuenta que iba a pasar el año nuevo más solo que la una y fue decepcionante cuando me confirmaron que para subir por el río a Boca Manu, solo era posible desde Boca Colorado, un pueblo surgido a la sombra del oro que se extraía en el río Madre de Dios. Una vez que estuve alojado, comencé a solucionar problemas.

Me dijeron que al lado de la plaza había alguien que me podía arreglar mi cámara. Casi sin esperanza, encontré al entrar en un portal una especie de confesionario con un señor gordito dentro, un ventilador a su derecha y un cartel, mostrando sus habilidades, a la izquierda. Cuando vi la composición del lugar, sus manos gruesas y las pocas herramientas rudimentarias de las que disponía, quise irme. Pero no tenía otra opción y entregué mi cámara cerrando los ojos.



Más tarde creí que me iba a dar algo cuando comprobé que la cámara estaba descompuesta en mil trocitos pequeños y pensé que mis vacaciones se habían acabado, pues yo sin cámara no voy a ninguna parte. Hubo que descomponerla pieza a pieza, pues *“el mecanismo del zoom está junto al botón de disparo y hay que desmontar todo para llegar allí”*. Del par de horas que estimó, las prolongó a 5 horas más. Incluso tuvo que retirar soldaduras, lo que me indujo a pensar que poco se podía esperar.

Me explicó que el problema residía en el muelle del zoom, que se había roto de tanto usarlo. Pensé *“pues como la Pantoja que se le acabó el amor de tanto usarlo”*. No me extrañó el diagnóstico, dadas las fuertes y reiteradas tensiones que sufría la manivela del zoom para encuadrar rápidamente. Cuando me enseñó el trozo de alambre, más parecido a un clip de papelería, con el que tenía pensado sustituir el muelle, tuve la sensación de abandonarme a lo que sus gruesas manos quisieran hacer. Al final se produjo el milagro: cuando la cámara recobró su forma original, también recuperó sus funciones usuales. Pensé que la habilidad manual de la selva, pudo suplir al muelle diseñado con precisión mecánica de alta tecnología. Aunque es mucho imaginar, quise ver el arreglo como una victoria de la clase pobre sudamericana sobre la soberbia gringa.

Animado con el arreglo de la cámara, fui entonces a la oficina de migración para legalizar mi pasaporte. Tampoco lo tuve fácil. La funcionaria que me atendió me indicó que debería dar un rodeo hasta Brasilea, ciudad vecina brasileña a Cobija, único sitio donde sellaban el pasaporte. Tras muchos ruegos, argumentándole que eso ya era imposible, dado que suponía cruzar las fronteras de Brasil y Bolivia con un pasaporte ilegal, finalmente me simplificó la vida, usando el sello que tenía al lado de mi pasaporte. Pareciera que lo único que quería era cobrarse el estampado.

Lo que no pude superar, fue la ingrata soledad que supuso por primera vez en mi vida, pasar la noche de fin de año sin allegados para compartirla. Así que elegí la plaza principal, abarrotada de gente, pensando que podría sentirme más arropado en un día tan señalado. Y no lo pasé mal entre tanta gente y puestos de venta de todo lo que la selva da para comer o adornar el cuerpo. Una banda de



músicos callejeros, agarrados a sus peculiares grandes trombones blancos, alegraban la noche con su alegre desafinado. Y, por todos lados, niños reventando petardos. Cuando al final de la noche me fui alejando de la bulliciosa algarabía, no pude evitar que el cuerpo se fuera llenando de nostalgia y soledad.

Reencuentro en Boca Colorado

Con el año nuevo recobré mi ímpetu aventurero. Mi objetivo era Boca Manu y para llegar hasta allí, debía en primer lugar acercarme a Boca Colorado, lugar de donde salían numerosas embarcaciones, gracias a la intensa actividad para la extracción de oro. Después de tomar un colectivo hasta Santa Rosa, un taxi para acercarme al río

Inambari, cruzarlo en lancha, y un todoterreno al otro lado, llegué al sitio, atravesando un tortuoso terreno selvático. La primera impresión que me dio Boca Colorado fue de un pueblo destartalado sin apenas orden para alinear las casas de madera. Las calles irregulares, estaban encharcadas, sobre todo las más cercanas al río que, sometidas a sus crecidas, las barcas igual se posaban en barro como flotaban en agua. Se vivía un ambiente ambiguo difícil de describir que supuse se debía a su actividad aurífera. Hasta tenía un bonito barrio lleno de casas pintadas con colores llamativos al que entré haciendo lindas fotos y salí comprendiendo el porqué de la concentración de mujeres de generosa belleza.



Las calles de Boca Colorado son puro lodazal



La calle de las mujeres bellas

Elegí un hotel de madera cuyos ventanales daban al río para controlar fácil toda la movilidad fluvial hacia Boca Manu.



Vistas del río Madre de Dios desde el hotel



La mejor habitación del hotel. Un lujo

De las dos camas que tenía la habitación, una quedó inservible una noche de lluvia tropical. El modo de llover en la selva es total, como si quitaran la tapa del cielo y el agua callera toda de golpe, así que, por pequeño que fuera el resquicio en las juntas de madera, en la media hora que duró el aguacero, entró agua suficiente para empapar el colchón.

Hablaba constantemente con la gente del lugar para enterarme de las salidas a Boca Manu pues sin movilidad regular solo era posible aprovechar las eventuales salidas de los buscadores de oro. Al enterarse de mi nacionalidad me dijeron que había en

la parroquia un cura español que para sus actividades utilizaba una barca. Justo al llegar a la iglesia, él se bajaba de un todoterreno con una vestimenta blanca que más parecía un pijama. Mi sorpresa fue tremenda. Era el Padre Pablo. Reaccioné con la alegría de ver alguien de la familia. No sabía, que tras mi visita en 2006 en Montesclaros, él volvió a la selva para continuar su labor en 2008. Recibió mi abrazo con cierta cautela pues creo que no me reconoció en un primer momento y tras las primeras impresiones, quedamos para la tarde pues tenía en ese momento una reunión de urgencia.

Después, me enseñó todo lo que había hecho en aquel apartado lugar. Volví a reconocer el sello de su labor, las escuelas de secundaria, una para chicos y otra para chicas, las dependencias para alojamiento, la granjita de gallinas para autoabastecerse, los talleres educativos, el contenedor recién llegado de España con ropa que trabajosamente era clasificada por sus colaboradores. Si ya gozaba de mi admiración cuando nos vimos en MontesClaros, ahora, con tantas cosas buenas que vi, aún más.

Padre, hagamos una foto juntos, le dije. Me sentí feliz al lado del dominico, pero lo que ya desbordó mi emoción, fue cuando vi el increíble portal de Belén cuyo niño Jesús se lo habían arrebatado temporalmente a la Virgen María que la dejaron en ademán de pedir limosna. La pequeña figurita mantenía una exagerada desproporción con el tamaño del buey y la mula que habían enviado desde España en un contenedor, lo que les hacía parecer más bien dos dinosaurios. A pesar de su aspecto improvisado y desgarrado, permitía ser reconocible como un clásico portal navideño por cualquier cristiano que se preciara, o al menos se veía que esa era la intención.



De nuevo con el Padre Pablo



Al fondo derecha se encontraba el portal de Belén

Lamentablemente, era la época de vacaciones navideñas para los escolares, lo que significaba que no había barca disponible en esa época para que me pudiera ayudar en mi ascensión por el río Madre de Dios. Con un fraternal abrazo de dos almas aventureras, nuevamente me despedí de Pablo.



El padre pablo visitando algún lugar de su parroquia



El padre Pablo supervisando nuevas construcciones

Tras tres días esperando alguna embarcación, tomé la decisión de que si al cuarto día no había disponibilidad por la mañana, trataría de acceder a Boca Manu dando un rodeo por Pilcopata, Atalaya y Shintuya. Por la mañana, al llegar a Mazuko, poblado situado en una encrucijada de caminos, quise darme una ducha algo mejor que la última que me di usando cubos, pero la dejadez de la chica que me atendió en el hotel de paso me enfadó de tal modo, que me fui a buscar otro sitio. En esas estaba, cuando por la calle ofrecían movilidad para Juliaca, una ciudad cercana al lago Titicaca y a Puno y sin pensarlo mucho, en un solo un instante, cambié la selva amazónica por el altiplano andino. Pensé: será en otra ocasión cuando busque de nuevo llegar al varadero de Fitzcarraldo, ahora retomaré mi otro proyecto de seguir el curso del río Urubamba desde sus inicios en el nudo montañoso donde nace el Vilcanota hasta donde me diera el tiempo. Me sorprendió mi propio ímpetu para cambiar de planes radicalmente sin mucha lamentación ni el menor atisbo de desengaño. Total, era solo el cambio de un río por otro.

En fin, intento hacer bueno el dicho de Heráclito el presocrático que sentenciaba que “todo es un continuo devenir, un fluir de río en el que nunca te puedes bañar dos veces en las mismas aguas”. Así fue que siguiendo ríos, no solo encontré al Padre Pablo en varias ocasiones, lo cual es un puro milagro, sino que me sentí más solo que nunca en las fiestas navideñas, anduve ilegal por un tiempo en territorio amazónico, vi cómo me arreglaban la cámara de fotos con herramientas rudimentarias de cocina o cambié de seguir el cálido río Madre de Dios por el nacimiento del Vilcanota en la fría puna del altiplano andino, sin apenas pensarlo dos veces. Siempre con ganas de ir de acá para allá no vaya a ser que la cómoda monotonía cotidiana me dé la súbita impresión mortal de estar bañándome siempre en la misma charca.